

---

## Mundo y Mercado de trabajo. La educación para el trabajo hoy

Por Emilio Pauselli<sup>1</sup>

---

No hace tanto tiempo, unos cincuenta o sesenta años atrás, las tareas que desarrollaba la humanidad para reproducir la vida eran aún, en gran medida, penosas. Nunca más cierto aquello de que “ganarás el pan con el sudor de tu frente”. La película escrita y protagonizada por Charles Chaplin, *Tiempos Modernos*, es una buena semblanza del trabajo en el siglo XX. Aunque ahora muchas personas siguen trabajando en condiciones penosas, quizás la mayoría, eso ya no es necesario: la incorporación de tecnología permite aliviar increíblemente ese esfuerzo humano, aumentando su productividad.

Pero esos avances que posibilitan producir más con menos esfuerzos, han tenido también otras consecuencias. La principal de ellas, para el tema que nos ocupa, es el reemplazo generalizado de trabajadores por máquinas. Por ejemplo, antes, un ingenio en Tucumán, Salta o Jujuy que producía solo azúcar podía ocupar alrededor de 20.000 personas. A principios de 1970 se introdujo la cosechadora integral, maquinaria que eliminó el corte, pelado y despunte manual de la caña de azúcar, lo que redujo los puestos de trabajo aproximadamente en

---

<sup>1</sup> Especialista en capacitación de jóvenes y adultos. Ensayista y disertante en temas de filosofía de la cultura. Amplia experiencia en programas de reinserción laboral, generación de emprendimientos individuales y asociativos, y asesoramiento a organizaciones de economía solidaria.

un 75% –de 20.000 a 5.000–. Las posteriores automatizaciones en las tareas fabriles permitieron que hoy se puedan manejar esos emporios agroindustriales con no más de 1.200 personas. Pero ese personal, cuya tendencia firme es a seguir disminuyendo, ahora produce electricidad, alcohol, papel, fertilizantes, además de azúcar. Recuerde usted los cambios de las últimas décadas en la industria textil, automotriz, en los servicios financieros o en cualquier otro rubro; siga usted con sus propios ejemplos.

La realidad es que la combinación de automatización con lo que se ha dado en llamar “inteligencia artificial”, ha reemplazado muchas tareas físicas y mentales antes realizadas por el ser humano de manera directa. Este proceso, que se ha acelerado de manera increíble en las últimas dos décadas del siglo XX, ya contó con lúcidos alertas desde su propio inicio<sup>2</sup>.

Mientras los puestos de trabajo disminuyen, en sentido inverso los demandantes de trabajo aumentan. Este crecimiento se origina en dos acontecimientos relevantes: el primero es la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, acontecimiento que se ha operado entre la sexta y la séptima década del siglo pasado. La otra causa es la extensión de la expectativa de vida que, dependiendo de los países, llega actualmente a edades que varían entre los 60 y los 80 años.

---

<sup>2</sup> En 1958 Hannah Arendt escribía que “otro hecho no menos amenazador es el advenimiento de la automatización, que probablemente en pocas décadas vaciará las fábricas y liberará a la humanidad de su más antigua y natural carga, la del trabajo y la servidumbre a la necesidad”. *La condición humana*.

Así, nuestra época actual agoniza en medio de estos dos fenómenos de sentido contrario. Esta conmoción de nuestra manera de vivir generó diversos mitos que aún subsisten y, en la mayoría de los casos, ocupan el lugar de explicaciones para los nuevos fenómenos sociales y políticos que observamos.

Una lista no completa de estas fantasías incluiría las siguientes afirmaciones: las personas desplazadas de la producción se van a reubicar en las áreas de servicios; los que han perdido su empleo se transformarán en emprendedores; la falta de trabajo se debe a que las personas no tienen las competencias que el mercado de trabajo requiere; las personas han perdido la cultura del trabajo; las inversiones son las que crean trabajo; y así de seguido<sup>3</sup>.

Estas creencias infundadas –no sólo por su endeblez teórica sino por los nulos resultados obtenidos siguiendo las estrategias que de ellas se derivan– dificultan, a su vez, la posibilidad de pensar el trabajo desde sus dimensiones antropológicas, sociológicas, éticas y filosóficas, como actividad libre y creativa de los varones y las mujeres que habitan el planeta. Todas las significaciones del trabajo humano quedan subsumidas dentro de una única práctica del trabajo: la de las sociedades de trabajo capitalistas.

La teoría social, tanto en sus variantes conservadoras como contestatarias, se ha movido dentro del horizonte de esta comprensión del trabajo. Las primeras estableciendo el trabajo así

---

<sup>3</sup> Estos temas han sido tratados con cierta extensión en *La cultura del trabajo y la danza de la lluvia*. Emilio Pauselli, 2011. Nuevo Hacer. Grupo Editor Latinoamericano.

entendido como base de la civilización y el progreso. Las segundas denunciando que los resultados del trabajo han sido apropiados regularmente por distinto tipo de minorías –esclavistas, nobles, capitalistas, reyes por derecho divino, hijos del sol, zares, faraones y otras variantes–.

Pero un escenario donde los bienes necesarios para la reproducción de la vida humana pudieran crearse, de manera creciente, en forma independiente del trabajo generalizado y masivo, no estaba en los cálculos de nadie. Algunos autores estiman que bastaría con trabajar quince horas semanales para obtener todos los bienes y servicios que produce actualmente la humanidad<sup>4</sup>.

Claro está que el problema no es la tecnología. Por el contrario, ésta es una creación humana maravillosa que hasta pone en tela de juicio el carácter del castigo bíblico. Mientras que en el pasado los zafreros estropeaban su cuerpo en el duro trabajo de la caña, hoy un conductor sentado cómodamente en una cabina con aire acondicionado realiza el mismo trabajo que antes hacían miles de ellos. ¿Por qué una persona para “ganarse la vida” debería pasar su existencia detrás de una ventanilla expendiendo un boleto para que otra persona viaje en tren? ¿O sellando nuestro pasaporte para que ingresemos o salgamos del país? ¿O manejando un vehículo que en pocos años se manejará sólo, reduciendo además de manera sensible los accidentes de tránsito?

---

<sup>4</sup> Rutger Bregman, *Utopía para realistas. A favor de la renta básica universal, la semana laboral de 15 horas y un mundo sin fronteras*, 2016.

Está claro que la tecnología puede ser el pasaporte que el ser humano soñó durante siglos obtener: el que le permita el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad. Pero también resulta evidente que su aplicación no nos está conduciendo en esa dirección. Por el contrario, este proceso se comporta como un cáncer que come permanentemente los puestos de trabajo disponibles, con el agravante de que ya no sólo amenaza nuestras vidas individuales sino también la salud de nuestra única casa común: el planeta.

En este momento de la historia humana se han dado cita, por un lado, una cultura que gira alrededor de la obtención de ganancias y, por el otro, unos increíbles avances tecnológicos que aumentaron el poder de la especie, aunque aún sean aprovechados por unos pocos. Esta nueva pareja –cultura de la ganancia y tecnología– está, efectivamente, engendrando hijos monstruosos, como la marginalidad, el individualismo, la pobreza, la indiferencia, el consumismo y el desempleo. En esa descendencia enferma vuelven a expresarse con renovadas fuerzas viejas lacras como el racismo, la intolerancia religiosa, la xenofobia, la aporofobia y las violencias de género.

Por más desopilante que les parezca, el principal problema que tenemos los seres humanos en la actualidad es que trabajamos demasiadas horas. ¿Cómo así? Si con todas las horas que trabajo apenas me alcanza para sobrevivir. Bienvenidas las horas extras. Bienvenido un nuevo trabajo, adicional al que ya tengo. Bienvenido un nuevo cliente aunque tenga que quedarme levantado toda la noche para cumplirle.

Es que se trata de trabajar menos y de ganar más. Bueno, claramente el autor enloqueció: ¿quién me va a pagar más por trabajar menos? ¿Es eso posible? Volvamos por un instante a nuestro ingenio del norte argentino e imaginemos el siguiente diálogo: “Mire Palacios, va a tener que aprender a manejar una máquina nueva. Ah, y como esa máquina trabaja mucho, ya no hace falta que venga doce horas por día, con tres horas va a ser suficiente”. El obrero del surco escucha sin poder creer lo que se le dice: con lo que va a ganar en tres horas él y su familia morirán de hambre. El jefe de personal adivina su inquietud y entonces agrega: “No se preocupe Palacios, usted va a seguir ganando lo mismo porque en tres horas va a cosechar mucha más caña que antes en doce”.

El único problema es que ese diálogo nunca ocurrió. Por el contrario, el dueño que ya era muy rico se hizo inmensamente rico al reducir un 75 % los salarios que pagaba. De esa manera se llega en el mundo actual a que 478 personas tengan el 50 % de los recursos del planeta mientras queda el otro 50 % para repartir entre siete mil quinientos millones de habitantes. La fusión de la *cultura de la ganancia* con la *tecnología* constituye un dispositivo que está destruyendo nuestras sociedades. Pero los mandatos morales de la sociedad de trabajo siguen vigentes: esos “vagos que viven de mis impuestos” son, increíblemente, las víctimas.

La estética de la pobreza y la marginalidad ha cambiado al ritmo de estas transformaciones. Ya no se trata de que “algo habrá hecho” sino de que “algo habrá dejado de hacer”. No se capacitó lo suficiente, no se esforzó lo suficiente, su familia no lo ayudó lo suficiente, la sociedad no le dio las oportunidades suficientes. Porque si se hubiera

capacitado, y se hubiera esforzado, y su familia lo hubiera apoyado y la sociedad le hubiera brindado oportunidades... ¡trabajaría doce horas en un trabajo que nadie necesita!

Estos acontecimientos, que ocurrieron en pocas décadas, han hecho que las ideas que tenemos sobre el trabajo tengan ya poco que ver con la realidad del trabajo. Llamamos así *Mundo del trabajo* al conjunto de creencias, representaciones y prácticas aprendidas respecto del trabajo, y denominamos *Mercado de trabajo* al conjunto de las relaciones de trabajo, formalizadas o no, que existen realmente.

La creciente distancia entre *mundo* y *mercado* de trabajo es la causa de que muchas acciones bienintencionadas que se llevan a cabo para que las personas accedan a un trabajo tengan tan baja efectividad. Se planifican desde el mundo del trabajo que existe en nuestras cabezas y, aplicadas al mundo real, no producen los efectos esperados.

En esta época hemos construido las sociedades más ricas de las que tenemos noticia en la historia humana, pero su paisaje está arruinado definitivamente por los millones de pobres que forman parte de ese cuadro. Los desempleados, los migrantes ilegales, los refugiados, los bombardeados, los que mueren de inanición no expresan una disfuncionalidad o crisis del sistema: son el sistema, en eso consiste el sistema de la ganancia infinita y la explotación de la naturaleza hasta su destrucción.

Se ha roto la promesa que unía la escolaridad formal con la movilidad social<sup>5</sup>. Se ha construido una nueva realidad donde conviven el trabajo y la pobreza<sup>6</sup>. El trabajo como distribuidor de la riqueza es cada vez menos eficiente. Estamos llegando al final de las sociedades de trabajo y un nuevo modelo cultural espera por su nacimiento, si es que los seres humanos tenemos la capacidad para engendrarlo<sup>7</sup>.

En este contexto, ¿cómo habría que entender la relación entre educación y trabajo? Dos amigos estaban bañándose en el arroyo cuando, por la orilla opuesta, ingresa un oso con aspecto amenazador y se dirige directamente hacia ellos. Claro está que ambos comienzan a correr despavoridos para intentar escapar del oso pero, en esa huida, uno de los jóvenes se detiene, se sienta en el suelo y comienza a ponerse las zapatillas. Su amigo le grita desesperado: “¡Corré! ¡Corré! ¿Creés que por ponerte las zapatillas vas a correr más rápido que el oso?”. “No”, le responde el otro, “pero voy a correr más rápido

---

<sup>5</sup> El 56,5 % de los desempleados al cuarto trimestre de 2018 han completado estudios secundarios o universitarios. Elaboración propia en base a datos del informe *Mercado de trabajo. Tasas e indicadores socioeconómicos (EPH). Cuarto trimestre de 2018*, INDEC.

<sup>6</sup> Para Febrero de 2019 una familia compuesta por un matrimonio y dos hijos en edad escolar debían ingresar más de \$ 27.570 para no ser pobres (elaboración propia según datos del informe *Valorización mensual de la canasta básica alimentaria y de la canasta básica total. Gran Buenos Aires Febrero de 2019* del INDEC.). Para el mismo período el salario mínimo ascendía a \$ 12.500.- (Resolución 1/2019 del Consejo Nacional del Empleo, la Productividad y el Salario Mínimo, Vital y Móvil).

<sup>7</sup> Quizás la única posibilidad de transformación no catastrófica de estas sociedades consista en separar, para todos, el derecho al trabajo del derecho al ingreso: el primero consiste en el derecho a transformar el mundo, el segundo en el derecho a vivir en el mundo.

que vos”. Entonces, reformulamos la pregunta, ¿cómo hacer para que la relación entre educación y trabajo no se reduzca a ponerle zapatillas a alguno de los que huye?

Creemos que hay que aceptar que, en una sociedad de trabajo que está llegando a su fin, educar “para” ese trabajo ofrecerá resultados muy limitados. En nuestra opinión, la relación entre educación y trabajo debe concebirse en términos bastantes distintos a la enseñanza de oficios –habilidades duras– o al desarrollo de habilidades sociales que pongan al aspirante en mejores condición de competir con otros postulantes.

Estos cambios necesarios incluye, en primer lugar, la revisión del sujeto a educar. Éste ya no puede estar constituido sólo por las personas afectadas por la falta de trabajo digno, debe incluir necesariamente a las comunidades a las que pertenecen esas personas. Por otra parte tampoco puede limitarse a personas “pobres”: hoy la necesidad de reaprender nuestra relación con el trabajo incluye a sectores considerados habitualmente como “medios” y a los profesionales de todas las edades<sup>8</sup>.

En segundo lugar, la relación entre educación y trabajo debe ampliar sus objetivos, incluyendo las preguntas sobre qué es el trabajo y cómo circula en el mundo actual. Desde ese punto de vista, nuestras prácticas se orientan centralmente a dos objetivos: a) Educación del

---

<sup>8</sup> El carácter de la inclusión de empresarios y funcionarios de empresas como sujetos a educar requiere de consideraciones que exceden los límites de este artículo.

ser humano como sujeto político. b) Educación para la construcción de identidad.

Entendemos por educación de los seres humanos como sujetos políticos al proceso dialógico donde juntos vamos comprendiendo las condiciones de la cultura en la que vivimos, las causas que hacen del trabajo un bien escaso y las relaciones sociales que permiten y justifican la desigualdad entre las personas que hacen a unos “dueños” del trabajo y a otros “demandantes” del mismo<sup>9</sup>.

Entendemos por educación para la construcción de identidad al proceso de comprensión de cómo nuestra cultura constituyó al trabajo capitalista en eje de la identidad humana. Las dimensiones económica, profesional y espiritual de la vida están así atadas a la obtención de un trabajo, en una sociedad donde disminuyen permanentemente los puestos de trabajo<sup>10</sup>.

Estos dos lineamientos que relacionan educación y trabajo pueden, en nuestra opinión, facilitar tres tipos de procesos: i) desculpabilizar a las personas que no logran tener un trabajo o que, teniéndolo, no les provee acceso a niveles de vida considerados satisfactorios; ii)

---

<sup>9</sup> “El discurso del mérito cubre con hermosos vestidos a esta desigualdad que desnuda se vería muy obscena”. En *La igualdad desigual*, Emilio Pauselli, 2018. Nuevo Hacer. Grupo Editor Latinoamericano

<sup>10</sup> “No hay que esperar nada de los tratamientos sintomáticos de la ‘crisis’, pues ya no hay más crisis: se ha instalado un nuevo sistema que tiende a abolir masivamente el ‘trabajo’. No es esa abolición la que hay que reprocharle, sino pretender perpetuar como obligación, como norma, como fundamento irremplazable de los derechos y de la dignidad de todos, ese mismo trabajo cuyas normas, dignidad y posibilidad de acceso tiende a abolir”. André Gorz, *Misericordias del presente, riqueza de lo posible*, 1997.

permitir que personas bien informadas puedan elegir sus estrategias de entrada, salida y reubicación en un mercado de trabajo que ofrece oportunidades variables, que cambiarán a lo largo de toda su vida; iii) construir nuevas estrategias de ensayos de identidad desde una crítica al papel de las representaciones del trabajo en nuestras vidas.

Cuando realizamos talleres orientados a la mejora de emprendimientos preguntamos a los y las participantes cuáles son sus proyectos, que quieren hacer en el futuro. La pregunta está, a propósito, cargada de ambigüedad y las personas responden, como se espera, haciendo alusión a sus planes prácticos para mejorar sus ingresos y, a la vez, a sus deseos para futuras iniciativas. Pero una mujer de entre 40 y 50 años respondió: “Lo que yo querría hacer es descansar, trabajo desde niña, ya he trabajado mucho”.

Y, ¿por qué no?